

Mayoría de edad en la narrativa

La lección de Vargas Llosa

VICENTE ALFONSO

Ⓢ Muchas veces se ha dicho que no se puede ser un buen novelista antes de los cuarenta años. Según esa tesis, el problema sería la falta de experiencia: imposible narrar desde el desconocimiento. No sé. No estoy seguro. García Márquez escribió *Cien años de soledad* a los treinta y nueve. Flaubert publicó *Madame Bovary* cuando tenía treinta y seis. Kafka dio a conocer *La metamorfosis* cuando tenía treinta y dos. Más o menos la misma edad tenía Mario Vargas Llosa cuando terminó *Conversación en La Catedral*.

En su tercera novela, que este año cumple cuatro décadas de haber sido publicada por primera vez, Vargas Llosa retrata de forma certera dos momentos críticos: el de quien arriba a los treinta años y el de la sociedad que ve tambalearse a sus instituciones. Contextualizada en el Perú que sufrió la dictadura del general Manuel A. Odría, *Conversación en La Catedral* se divide en cuatro partes. Cada una comprende un momento distinto en la vida de Santiago Zavala, treintañero que cuestiona seriamente la errática trayectoria que ha seguido en los últimos diez, doce años: así asistimos a su adolescencia y al momento en que elige carrera, lo acompañamos durante una juventud de efervescencias políticas ligadas al comunismo, lo seguimos en el posterior desencanto ante la utopía

y la salida de casa (el paso a la edad adulta) para terminar en un presente apático y frustrante como periodista en un diario de segunda.

Hoy que el mundo se pregunta cómo se metió en una violenta turbulencia financiera y económica, hoy que el desempleo mundial alcanza niveles históricos, hoy que nos enteramos de los enormes fraudes cometidos por Bernard Madoff y Robert Stanford, muchos nos repetimos las preguntas que Santiago Zavala se hace sentado en una mesa del bar La Catedral. Bebiendo unas cervezas con el negro Ambrosio, el antiguo chofer de su padre, el periodista treintañero trata de reconstruir los momentos decisivos de su vida en busca del error que lo ha llevado a ser un tipo mediocre y sin ambiciones. Así, en una charla que salta de los amores frustrados a la corrupción política pasando por la aridez de los sueños revolucionarios, el asesinato y los conflictos familiares, Santiago expone al lector una historia en la que nadie se salva. En palabras del propio Zavalita, “el Perú entero se ha jodido en un proceso de descomposición irreversible”.

Pareciera que Vargas Llosa pretende situar al lector en ese punto incierto que habitamos quienes rebasa-

- Ex becario de la Fundación para las Letras Mexicanas (2005-2007), Vicente Alfonso (Torreón, 1977) es autor de *Partitura para mujer muerta* (Mondadori, 2008, Premio Nacional de Novela Policiaca) y *El síndrome de Esquilo* (Ficticia, 2007). Sus trabajos han sido publicados en *Tierra Adentro* y *Proceso*, entre otras revistas. Como periodista, ha recibido los premios Armando Fuentes (2003) y Estatal de Periodismo Coahuila (2007), entre otros.



mos apenas los treinta años: Santiago Zavala habita ese territorio de la desilusión en que somos demasiado viejos para ser jóvenes y demasiado jóvenes para ser viejos. Para ello se vale de la forma y de las posibilidades de la palabra: *Conversación en La Catedral* está concebida como un entramado fino de dos o más situaciones paralelas: el tiempo nunca es garantía, el presente es futuro y el pasado está por llegar. Los personajes se encuentran y desencuentran sin puntos o paréntesis, sin espacios ni líneas conductoras, como suelen columpiarse los recuerdos en las neuronas.

Es notable que Santiago se dedique a escribir editoriales, pues más que ofrecer respuestas, parece dedicado a lanzar preguntas. En su interrogatorio, no obstante, se materializa el desencanto: ¿cuándo ocurrió esto?, ¿en qué momento se perdió el futuro? ¿Fue cuando optó por la educación pública en San Marcos y no por la universidad particular en La Católica? O tal vez cuando la ingenuidad lo llevó a conspirar en revoluciones de café, a creer en una emancipación imposible, en una sociedad más justa. Qué puro, qué ingenio, Zavalita. Tal vez fue antes, cuando decidió que no quería ser como sus padres, que la felicidad acomodada no era lo suyo. Tú no eres eso que quieres demostrarte que eres Santiago, le había dicho un día su padre. Entonces, ¿quién era?

Armado de 734 cuartillas, 57 personajes y 28 capítulos, Vargas Llosa llega ante el lector para mostrar el debate interno que Santiago inicia a los treinta años, pero que bien puede extenderse hasta los ciento cincuenta. Para Santiago la vida ya ha terminado: trabaja en algo que no le satisface, necesita sobrevivir aunque no sabe para qué. No cree en Dios, ni cree en la revolución, ni sueña con la posibilidad de construir un mejor lugar. No tiene hijos y no quiere tenerlos. ¿Cómo explicarles después que el mundo no es un lugar agradable, que a veces no es siquiera un sitio soportable? No tiene fe en los demás, ¿por qué tenerla? Tampoco cree en él mismo, no sabe si alguna vez creyó. “Debían inventar una pastilla, un supositorio contra las dudas, Ambrosio —dice Santiago—. Fíjate qué lindo, te lo enchufas y ya está: creo.”

En el desencanto que caracteriza a *Conversación en La Catedral* interviene otro factor al que nos hemos acostumbrado en fechas recientes: la violencia. En la ficción construida por el narrador

peruano, este elemento encarna en Cayo Bermúdez, personaje indispensable, el anti-Zavalita por definición: hace tiempo que no sabe si lo que hace está bien o está mal, pero no le importa, le basta con saber qué es lo que le conviene, y lo que le conviene es acumular cada vez más poder. A su manera, Cayo es también un escéptico, aunque no un desencantado inofensivo. Su falta de fe se resuelve con aplanadora: el mundo es una porquería, pero en esta porquería yo mando y los demás se callan. No hay héroes, no hay buenos ni malos, simplemente humanos tan reptantes como alados.

Quienes nos hacemos las mismas preguntas que Santiago, pero cuarenta años después, presenciamos —más por fuerza que por gusto— la guerra contra el terrorismo y contra el crimen organizado. Todos los días recibimos informaciones que huelen a sangre y a pólvora. Queda claro que, a la manera de Cayo Bermúdez, la apuesta del momento son las armas, los atentados, las ejecuciones. Y la respuesta habitual es la tan mencionada mano dura. Lo vemos todos los días en Irak, en Afganistán, en México, en Torreón. Un duelo de calibres, de muertos, una competencia por ver cuál de los bandos causa más dolor en el contrario. Pero el sufrimiento no tiene límites, y bien visto es ilógico pensar que un día arribaremos a la felicidad con una bazuca al hombro. ¿Cómo evitar que esta violencia se trasmine al arte, a la literatura, a las manifestaciones culturales en un sentido amplio? Más que nunca, asistimos al auge de los narco-corridos, de la novela negra, del cine *gore*, de series de televisión que alimentan el imaginario colectivo.

Conversación en La Catedral no es una novela moralista ni panfletaria. Parecería difícil etiquetarla como “literatura joven del Perú”: por la construcción de sus personajes, por la solidez de su estructura, por su precisión en el uso de la palabra, por tratarse de una novela de más de 700 páginas que, en palabras del propio autor, es la que más trabajo le ha costado escribir. Leyendo las tribulaciones del joven Zavala resulta difícil no pensar en el caso propio, no voltear a vernos, no percibir un delicado aroma a muerto en las propias entrañas, las individuales y las colectivas. En ello reside el encanto de esta novela. Al reconocer en el otro mis propios argumentos, la distancia se reduce y, por instantes, el monólogo de Zavalita se hace diálogo. Y se trata justamente de eso, de conversar, no de resolver, ni explicar, ni entender. Sólo de conversar una tarde, con unas pertinentes cervecitas de por medio, en La Catedral. ~

